

# LA TIGRESA Y LA GOLONDRINA

© Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea este electrónico, físico, químico, óptico, de grabación, fotocopia u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Título: *La tigresa y la golondrina*  
© *Anabel Samani*

Edición publicada en noviembre de 2022

Diseño de portada y contraportada: *Anabel Samani*, a partir de imágenes en Pixabay de *Michele Schawohl* y de *Annalisse Batista*.

Maquetación: *Anabel Samani*

LA TIGRESA  
Y  
LA GOLONDRINA

ANABEL SAMANI



*Para quienes sueñan con cruzar puertas invisibles*



# Índice

ENTRE BOSQUES Y PANTANOS .....	13
EL GATO QUE CAZÓ UNA GOLONDRINA .....	23
LA MONTAÑA QUE NO ERA UNA TORTUGA .....	33
LA TORTUGA QUE NO ERA UNA MONTAÑA .....	41
LA ZARPA DEL TIGRE, LA GARRA DEL DRAGÓN.....	45
BABOSAS Y MURCIÉLAGOS .....	57
EL MORDISCO DEL LOBO .....	67
EL VUELO DE LA GOLONDRINA.....	79
LA TIGRESA QUE BAJÓ DEL CIELO.....	87
EL CACHORRO DE TIGRE .....	101
LADRONES DE RECUERDOS .....	121
ALAS DE GOLONDRINA .....	129
<i>Nota de la autora.....</i>	<i>137</i>
<i>Agradecimientos.....</i>	<i>139</i>





*Hace tiempo, yo, Zhuang Zhou, soñé que era una mariposa: una mariposa que revoloteaba de aquí para allá, feliz de ser una mariposa e ignorante por completo de ser Zhou. De pronto, me desperté, y volví a ser yo mismo, Zhou. Ahora no sé si entonces era un hombre que soñaba ser mariposa o si ahora soy una mariposa que sueña ser hombre.*

Zhuang Zhou



## ENTRE BOSQUES Y PANTANOS

Solo tenía que dar un paso más y entraría en el Bosque de la Seda. Sin embargo, por primera vez desde que había abandonado mi hogar dejando a mi hermana acurrucada sobre una estera de bambú, sentí que la mezquina duda prendía en mi corazón. Me empecé a sentir tonta y arrogante por haber creído en algún momento que yo, una simple muchacha, la hija pequeña de un pequeño comerciante de un pueblo no tan pequeño, sin saber siquiera empuñar una espada de madera, podía acometer una misión propia de soldados, héroes y personajes de cuento.

Todos los que vivíamos a menos de un mes de viaje habíamos oído hablar de ese bosque tan especial. Los mayores solían advertirnos que debíamos evitarlo: en esa clase de bosques, decían, nunca sabías lo que te podía salir al paso. Yo no había previsto llegar hasta aquella tierra, había sido más la casualidad que otra cosa lo que me había conducido hasta allí, pero, ahora que lo tenía delante de mí, pensé que, si como decían los ancianos era cierto que uno no sabía qué podía encontrarse, el Bosque de la Seda no sería mal sitio para probar suerte con los bakus.

Agarrada al coraje que la incipiente incertidumbre no había conseguido arrancarme, adelanté un pie y,

retirando la rama baja de uno de los cerezos sagrados que lo delimitaban, penetré en el bosque. A los pocos pasos, las dudas de mi corazón se desvanecieron como si el halo mágico del lugar —una vibración que reverberaba en el aire como una cuerda al ser tensada— las hubiera borrado.

La belleza que descubrí desbordaba cualquier relato que hubiera oído contar. Con respeto, comencé a caminar entre la arboleda, admirando todo lo que me rodeaba: el verde de la hierba, tan prístino que superaba al de las esmeraldas, piedras que yo solo había contemplado una vez en el collar de una noble dama; las gotas de rocío pendiendo de las hojas como gemas que algún dios benevolente hubiera desperdigado de manera despreocupada; los rayos de sol, que iluminaban con un suave calor. De algún sitio (la tierra, la vegetación, el aire) brotaba una delicada paz que tejía una red de armonía en cada rincón.

Los cerezos, perezosamente, cedieron el paso a bosques de bambú esplendoroso, donde osos blancos y negros comían succulentos tallos sin mostrarse perturbados por mi presencia. Poco a poco, casi sin que me diera cuenta, esta selva flexible se transformó en otra con árboles, cuyo nombre ignoraba, de fruta dulce y de magníficas flores. Mariposas de cientos de colores y desconocidos patrones, quizás recién emergidas de los capullos tejidos con la seda que daba nombre al bosque, revolotearon a mi alrededor durante un rato para marcharse después sin despedirse. Oí monos chillar sobre mi cabeza, aunque solo distinguí las siluetas juguetonas saltando entre las copas.

Por más que andaba, no hallaba rastro alguno de los bakus, los devoradores de pesadillas. El peso de la

misión que me había impuesto a mí misma (una mera muchacha, con un oscuro secreto, sí, pero por lo demás tan vulgar como una semilla de mostaza), casi estuvo a punto de prender de nuevo en mí la llama de la duda. Inhalé profundamente el aroma del bosque, su tranquilidad y serenidad, y conseguí arrinconar la cobarde chispa de la desesperación.

Bajo un gigantesco melocotonero tomé la comida y el agua que quedaba en mi hatillo, sin guardarme nada, pues apenas eran dos bocados y un sorbo. Al terminar, recostando la cabeza en las gruesas raíces, me dormí al resguardo de las grandes ramas; no recuerdo lo que soñé.

Aunque desconfiaba del sueño, no lo temía, algo que, desde que los bakus nos habían abandonado, sí le sucedía a la mayoría de las personas: la gente tenía miedo de la noche, de dormirse, ya que, si las pesadillas acudían y los bakus no se presentaban para devorarlas cuando se les rogaba auxilio, aquellas no desaparecían al abrir los ojos. Hasta donde yo sabía, eso había ocurrido por primera vez siete noches atrás.

Yo no suelo tener pesadillas, ni siquiera después de haber hecho lo que hice. Ese había sido uno de los motivos que me habían impulsado a emprender viaje e intentar salvar a mi hermana de sí misma. Hubiera preferido quedarme con ella, arrullarla entre mis brazos y que fueran otros, esos héroes de las leyendas antiguas, quienes hubieran ido en busca de los bakus. Pero con el despuntar del tercer amanecer la mitad de las personas, héroes o no, estaban enloqueciendo por culpa de las pesadillas. Así que había decidido, sin pensarlo demasiado, improvisar un hatillo con algo de alimento y agua, y, puesto que no sabía dónde encontrar a esos seres,

iniciar la marcha siguiendo la estrella que más alumbraba en el cielo. Por ningún motivo en especial, salvo que mi hermana se llama Estrella de la Tarde. Es un nombre precioso. Todo en mi hermana es precioso.

Dormía aún bajo el melocotonero cuando un crujido me despertó al alba. Los rayos empezaban a acariciar el cielo, pintándolo de un tono rosado que vislumbré entre las copas dispersas. Mi sueño, acunado por la tranquilidad del bosque, había sido profundo y reparador. Al abrir los ojos, la Liebre Roja estaba frente a mí (nunca la había visto —nunca habría soñado con hacerlo—, pero no tuve duda de quién era), observándome con la misma desatención que podía estar dedicándole a una zanahoria no mucho mejor que otra. Sus bigotes se movieron junto con su naricilla negra, que contrastaba con el pelaje marrón rojizo.

—Si buscas a los bakus, debes penetrar en el Territorio de los Sueños —me dijo sin esperar a que me despertara del todo y pudiera sorprenderme adecuadamente por su presencia: la Liebre Roja es esquiva y, según las leyendas, no suele salir de su madriguera—. Hay una entrada oculta en las montañas, a menos de un día de camino de aquí. Sigue el sol, atraviesa el Pantano de la Hierba Celeste y habla con la Tortuga Negra. Búscala justo cuando el sol desaparezca del cielo. Sé rápida, pues, aunque se mueve despacio, su presencia en este mundo dura lo que la llama del deseo en los hombres.

Sus enigmáticas palabras eran propias de los espíritus de la naturaleza, quienes no son dados a dar más explicaciones que las necesarias y tienden a envolver los mensajes en turbios acertijos, que, estoy segura, para ellos resultan claros como el agua de un manantial. En

cuanto pronunció la última sílaba, moviendo su naricilla a un lado y a otro, se marchó dando poderosos brincos, convertida en una estela roja entre los matorrales bajos del Bosque de la Seda. Repetí su consejo una y otra vez hasta estar segura de que ni la senilidad de los años venideros lograría arrebatármelo.

Sin perder tiempo, y con renovadas esperanzas, me puse en pie. Mi hermana me necesitaba. Su pesadilla había sido aterradora: sangre, muerte, una mano comida por gusanos y desgajada por la putrefacción saliendo de una tumba. Un escalofrío me recorrió al pensar que, quizás, a esas alturas, mi madre también estuviera enloqueciendo. Mis amigas y mis primas me preocupaban igualmente, algunas tenían tendencia a los malos sueños. ¿Cuánto tardarían en caer víctimas de ellos? Recé por todas ellas.

Ni yo ni nadie con quien había hablado en esos días de viaje sabíamos por qué los bakus habían desaparecido de repente. Sin ellos, las pesadillas no se desvanecían al despertar, se quedaban con quien las había soñado, atormentándolo, mordiendo su mente, erosionando su consciencia, robando cualquier momento de descanso que pudiera hallar en el sueño o en la vigilia. Llamada por ese persistente y continuo terror, la locura acudía con presteza. Dos amaneceres atrás, había presenciado cómo un hombre se colgaba de una soga mientras gritaba: «¡Ya basta, por favor, ya basta!». Yo había cerrado los ojos justo cuando se lanzaba de la escalera, y había seguido mi camino tras oír el cuello quebrarse.

¿Les habría sucedido algo malo a los bakus? ¿Les habríamos ofendido y habrían decidido no venir nunca más a auxiliarnos? ¿O tal vez nuestra ofensa habría sido al señor de los dioses, el Emperador de Jade, quien,

enfurecido, les habría prohibido visitarnos? ¿Acaso estarían enfermos o, peor aún, muriendo? ¡Qué terrible posibilidad, sin ellos la vida sería un infierno! Fuera lo que fuese, solo nos afectaba a nosotros, los humanos. Había visto dormir a perros y gatos, pero su comportamiento no tenía nada de errático o agresivo. Quizá ellos tengan sus propios bakus, diferentes a los nuestros. Quizás no los necesiten.

Con la determinación que da tener al fin un destino, continué mi viaje tras beber, imitando a los ciervos, agua recogida en los pocillos de las hojas bajas. Poco a poco el Bosque de la Seda fue perdiendo vigor y, sin darme cuenta, mucho antes de que el sol alcanzara el cenit, me encontraba siguiendo un camino polvoriento y de pequeños guijarros que muchos pies antes que los míos habían hoyado.

Mientras avanzaba, me pregunté cómo serían los bakus. Mi madre decía que tenían una forma peculiar: cabeza de león, colmillos y trompa de elefante, cuerpo de caballo, cola de vaca y garras de tigre. Y que había muchos, cientos, miles, para poder devorar todas las pesadillas que fabricaba el mundo de los hombres. En mi cabeza eran unas criaturas majestuosas a las que había otorgado el color pardo de la miel recién recolectada, con matices plateados como los de una pantera de las nieves.

Perdida en mis pensamientos, el primer anuncio de que me estaba acercando al Pantano de la Hierba Celeste provino del aire, cuyo olor se tornó dulzón en exceso. Luego el suelo fue ablandándose bajo mis sencillos zapatos, raídos tras tantos pasos. Seguí caminando y, como pequeñas islas acuosas, aparecieron charcos que reflejaban el sol descomponiéndolo en brillantes cuentas



diminutas y en cuya superficie insectos flotantes navegaban con la elegancia de bailarines sobre hielo. Lentamente, los charcos se convirtieron en regueros oscuros en los que el limo crecía enturbiando las aguas. Avancé con dificultad, hasta que la tierra no soportó más mi peso y succionó uno de mis pies hacia sus entrañas. Lo saqué con esfuerzo del fango traicionero que se lo había tragado, luchando por mantenerme en pie. Salió sin zapato, por lo que tuve que meter la mano y rebuscar en el lodo frío y viscoso hasta dar con él. Me descalcé el otro pie y me recogí el bajo del vestido para atravesar un terreno en el que no cesaba de resbalar y hundirme; tenía la sensación de estar andando sobre el arroz del desayuno.

El aire se había vuelto tan dulce que parecía haber adquirido consistencia, y me agotaba avanzar por un terreno que quería engullirme. Los sentidos tendían a abotagarse en esa atmósfera, pero, si se prestaba atención, se descubrían matojos de hierba despeinada creciendo a los pies de los árboles del pantano. Estos hundían sus raíces en el cenagal de tierra y agua, como las garras de un avaro se hundirían en un panal de oro líquido, y entre ellas nacían aquellas matas de hierba cuyo color, cuando las alcanzaba un rayo de sol, se igualaba con el del cielo despejado en un día de verano. Era sencillo adivinar de dónde procedía el nombre del pantano.

Aunque en general los árboles alcanzaban la altura de tres grandes hombres subidos uno encima de otro, crecían solo en zonas concretas, agrupados como los últimos mechones rebeldes en el cráneo de un anciano, por lo que no entorpecían la perspectiva de mi destino: delante de mí, pasando el pantano, distinguí unas pocas

montañas. Las palabras de la Liebre Roja habían sido: «Hay una entrada en las montañas, a menos de un día de camino de aquí», así que deduje que hacia ellas debía dirigirme una vez que hubiera cruzado la ciénaga.

A pesar de lo dificultoso del avance, estaba segura de alcanzarlas antes del anochecer, pero mi tío, que era un trotamundos, me había prevenido, hacía mucho tiempo, contra esa clase de cálculos. «Las distancias son engañosas, más que los espejismos del desierto que regalan los genios de las arenas», me había dicho una vez. Yo nunca había visto un espejismo, ni mucho menos un desierto de arena, aun así, había entendido su advertencia. Pensé que, si la luna se adueñaba del cielo atrapándose en el pantano, podría trepar a uno de los robustos árboles. Ciertamente era que ni siquiera su abundante follaje —hojas de un verde apagado con un ligero matiz azul no tan intenso como el de la hierba— me abrigaría del frío de la noche, por lo que traté de ir más deprisa. Mi piel y mi ropa estaban mojadas, embarradas y sudadas; me moriría de frío en ese lugar.

A mi derecha sonó un chapoteo y me preparé para enfrentarme a... cualquier cosa. Sin embargo, solo vi una pequeña aleta plateada sumergirse en el agua. Todavía no me había tropezado con ninguno de los monstruos que, según mi tío, habitaban los pantanos solitarios prestos a abalanzarse sobre el peregrino desprevenido: ni peces comedores de hombres, ni tigres errantes, ni fantasmas de niebla, ni aladas serpientes amarillas se habían cruzado en mi camino. Lancé una plegaria a los Ocho Inmortales para que la suerte me sonriera un poco más.

Llegó un momento en el que mi pie dejó de hundirse entre capas y capas de sedimentos, y los amplios

regueros, que en algunos puntos habían constituido pequeñas lagunas, volvieron a ser charquitos aislados. Los árboles de raíces engarfiadas fueron desapareciendo, al igual que los penachos azulados que cobijaban a sus pies, y el cenagal se fue transformando en una amplia pradera de aroma herbal. Antes de dejar el pantano definitivamente atrás, me enjuagué las piernas en la poza con el agua más limpia que encontré.

Me alivió percibir otra vez la firmeza del suelo y poder confiar en que mi próximo paso no se hundiría en el fango. Era un campo hermoso por el que caminé descalza, disfrutando del tacto jugoso de la hierba, y donde el aroma fresco de una lluvia reciente había lavado el olor denso de la ciénaga. Sembrado de flores amarillas, azules, violetas, rosas y blancas, entre las que revoloteaban libélulas danzarinas y escarabajos rojos, docenas de dóciles abejas y alguna avispa briosa, el prado ofrecía el opuesto complementario de su vecino pantanoso, como el yin y el yang. No muy lejos, siguiendo el sol, completaban el paisaje unas montañas, bajas y de cimas redondeadas, entre las que destacaba una peña central, bastante más alta que las que la rodeaban, que decidí fijar como destino.

La paz del momento quedó interrumpida por un sonido que martilleaba en el suelo rítmicamente, anunciando la proximidad de algo que quedaba fuera de lugar en ese paraje.

Pronto distinguí un caballo que se acercaba por el este, luego otro, y otro, hasta que conté seis manchas que galopaban hacia la hilera de montañas a las cuales me dirigía. Los veloces jinetes frenaron las monturas cuando alcanzaron, antes de lo que tarda un fénix en desplegar las alas, el redondeado conjunto rocoso.

Descubrieron mi presencia y señalaron en mi dirección dirigiéndose los unos a los otros.

Me mordí el labio inferior y decidí que no huiría de aquellos hombres, aunque no fue una decisión real, solo una consecuencia de la falta de opciones: no tenía donde esconderme y ninguna persona que yo conociera era más rápida que un caballo.

Uno de los jinetes espoleó el animal que montaba y vino hacia mí a buen trote.